

La casa de las brumas

Juan Antonio Masoliver Ródenas

Vivimos en un bosque de tejados,
de ventanas vacías, de balcones
en los precipicios del aire,
bóvedas quemadas por el sol,
muros como tapices en el viento
de las palmeras: los obscenos
palacios de los emperadores
del hampa que han talado
la luz y cubierto de arcilla
y mármol la cúpula
del cielo.

* * *

Aquí no hay cielo. El aire
es una roca suspendida
en el aire espeso del verano.
Buscan la luz de Altea
los ciegos de la estepa.
¿Son veleros o alfanjes?
Huyen despavoridas
las sirenas del bosque,
cuerpos desnudos en el oasis
de la memoria.
Tejen sus palacios
en los lienzos del horizonte.
¿O son redes? ¿O telarañas
de sangre? Tapices
tejidos en un cielo que no existe.

* * *

También hay roedores
y rucas, lámparas
de arañas negras, dagas
en el aire ebrio.
Y por el aire ascienden
láminas de sal, brasas
de sal de los pozos
de Altea: diamantes.
Luz en la luz.

* * *

La luz existe. El mar
es un espejo: esparce
la brisa su cabellera.
Suavemente los veleros
abren surcos
en los ojos del bosque
de piedra.

* * *

De niño nos desconcertaban
las inexistentes caléndulas,
los caballos ingleses
perdidos en la bruma,
las paredes de cal,
las charcas de orín.
Eloísa me sacaba la lengua.
Me desconcertaba
su cara entre los muslos,
la oscuridad del excremento.
Las sirenas existen:
son los cuerpos que vimos
en el envés del tiempo.
Tapices del deseo.

* * *

No llegan por el mar ni por el bosque.
 Tampoco por el aire, pues no hay aire.
 No llegan. Sin estar edifican
 palacios con la arena que el viento
 arroja a los bosques de roca.
 Dibujan cúpulas y tejados,
 terrazas y ventanas
 despobladas.
 Pues no hay tiempo
 ni vida. Sólo sombras
 y charcas de insectos. Ciegos a la luz,
 lesionados por la nostalgia.
 Pues la luz no existe. Las sirenas
 que existieron no existen...
 Y el mar que ahora ilumina
 este espejismo
 en los bosques de piedra
 de Altea.

* * *

Pues eran bosques y aire.
 Se poblaba el mar de velas
 y globos. Luz de mica
 en los cuerpos de las sirenas.
 Cantaban y tejían. Se mojaban
 los pechos. Nos llamaban.
 Eloísa me sacaba la lengua
 y me llamaba. Vivían
 en la arena. Jugaban:
 tejían este tapiz. Imágenes
 de entonces
 que ahora se hacen presente.
 Nítidas y lejanas: vértigo
 del deseo en el vacío del tiempo.

* * *

El tiempo de las sirenas
 se detiene: un velero. Son
 de agua los caminos
 que llevan a los bosques
 de arena de las sirenas.
 Todo es ausencia.
 Sólo un canto en el cielo.
 Canto sin voz ni música:
 sólo el silencio habita
 en las avenidas del mar.
 Sus sirenas dormidas
 en la luz del tiempo
 sin tiempo. Y ahora llega
 el recuerdo herido por la ausencia.

* * *

El recuerdo rconstruye
 con materiales que nunca poseímos.
 Las nalgas de Eloísa,
 sus pechos como frutos
 en el aire del agua.
 Sus ojos ciegos al canto
 de las sirenas en la luz
 ausente del viento.

* * *

Todo es ausencia y en su ausencia
 recorreremos los paisajes
 que ahora son luz en el corazón
 de la bruma. Sí:
 llegamos a la luz por los bosques
 de bruma. Y allí, en su suave
 maraña (nidos de avispa,
 pubis, pestañas
 en los ojos ciegos
 empapados de luz: pozos
 de luz) edificamos lo que fue
 y lo que está siendo: damos
 presencia al tiempo ausente.

* * *

En los días de agosto
(un solo día detenido
en la casa de la bruma)
el mar se llena de rubíes.
Es el temblor del cielo
y nuestros ojos recorren
el espacio. Júbilo
de polen en el viento
y en los muslos.

* * *

Y no es bruma: es incienso
o rocío de luz. Como cuando
las palabras y la música
penetran en el silencio,
se hacen silencio o palacio
en el aire de cristal y mica.
Minaretes. Vergeles.

* * *

En la espesura de la luz
cesa el llanto de las sirenas
en los palacios del hampa.
Castillos de ceniza:
lodo en el viento de la ciénaga.
La felicidad duele en el viento
como polen de cicuta
o dagas en la cúpula
del cielo de arcilla. Gimen
las verjas del tiempo
en los páramos de la memoria.

* * *

Y en los vergeles de la memoria
la casa de la bruma resplandece
como los días de la eternidad
surgida del recuerdo. Regreso

al primer día: la montaña
suspendida en el aire, el mar
como un espejo de espejismos.
Casa sin nombre
que ahora, al nombrarla,
nos acoge: niñas, avispas,
veleros en los jardines
del cielo, orín
en los pezones. El rocío
de todo lo que fue
es maná y es esta tarde
de agosto en Altea
que se repite incesantemente
en el éxtasis de lo inmóvil.